

Anna, y conducido á la ex-Acordada, y despues llevado á su pueblo, con su familia, sin que en tan rudas pruebas lanzara una queja, ni cometiera la menor debilidad ante la tiranía.

Hallábase en Puebla en 1855, y el voto público le elevó á la primera magistratura del Estado. Reconoció y apoyó al gobierno del general Carrera, y despues, cuando el general Vega subió al poder, declaróse abiertamente por el plan de Ayutla.

Tornó á México D. Luis de la Rosa, y consultado por D. Juan Alvarez, influyó no poco en la elevacion de Comonfort (Diciembre de 1855). Comonfort, á los dos dias de haber subido al poder, nombró su Ministerio (12 de Diciembre) poniendo como jefe de él al Sr. de la Rosa, que se hallaba desempeñando la direccion de la Escuela de Minería. Redactó el programa de la nueva administracion, y combatiendo contra todo género de obstáculos en aquella época tremenda de encarnizada lucha, reveló una vez más sus grandes dotes de hombre de Estado.

Pero aquella existencia consagrada toda al servicio de la patria, iba á extinguirse bien pronto. Enfermo, debilitado por los años y las fatigas de la vida pública, D. Luis de la Rosa tomó parte en cuantas medidas progresistas se dictaron, llevó á buen término la cuestion de España, y sostuvo, en su lecho de muerte, puede decirse, nuestros derechos en las diferencias con la Gran Bretaña.

Cuando se le llevó á su lecho la última nota dirigida á la legacion inglesa, creyóla algo humillante, se negó á suscribirla y redactó otra en términos más dignos y decorosos. Este fué el último y no ménos meritorio de sus trabajos, pues algunos dias más tarde, el 3 de Setiembre de 1856, dejó de existir.

La relacion de los grandes hechos de D. Luis de la Rosa, como hombre de Estado, como patriota y como diplomático, aun trazada así á grandes rasgos; es en extremo interesante.

Del literato, del orador, mucho podriamos decir. En los mejores periódicos literarios de su época figuran sus bellísimos, sus inimitables artículos descriptivos, en lenguaje poético escritos. En las tribunas cívica y parlamentaria resonó su voz elocuente, y oraciones suyas podriamos citar, que merecen tomarse como

modelos de la elegancia en el decir, de correccion y del más puro y levantado amor á la patria; oraciones en las que se ha pagado á los héroes de la libertad mexicana el tributo más hermoso y más digno.

D. Luis de la Rosa, digámoslo para terminar, es una de las eminentes personalidades de cuyos hechos puede y debe de estar orgullosa la patria.

ROSADO, Angel R.

Entre los defensores más esforzados que la causa de la civilizacion ha tenido en Yucatan desde que se inició la guerra de castas, D. Angel Remigio Rosado ocupa uno de los lugares más prominentes.

Nació D. Angel R. Rosado en la villa de San Felipe de Bacalar el dia 2 de Octubre de 1800, de padres que lo fueron el Sr. D. José María Rosado, y la Sra. D^a. María Bernardina Estévez, natural de Guatemala.

Su padre, que á la sazón se encontraba de comandante militar de aquella plaza, antiguo en el servicio del rey de España, fué quien instruyó á D. Angel en la Ordenanza militar que más tarde supo observar como muy pocos, porque Rosado fué un militar de la antigua escuela, celoso en el cumplimiento de su deber, hombre de honor, rígido y severo para consigo mismo, y ciudadano virtuoso y sin mancilla.

Muy jóven aún, recibió el despacho de cadete, de la misma corte, continuando su carrera, obteniendo mayores grados en premio de su honor y lealtad, hasta el aciago dia en que la muerte nos le arrebató privando á nuestra patria de uno de sus hijos más esclarecidos.

D. Angel, querido y respetado de toda la poblacion de Bacalar, por sus sentimientos nobles y generosos, era el verdadero padre de todos, á quien conocian con el glorioso nombre del *Angel de la villa*. Era el mediador en todas las disensiones, pues su sola presencia bastaba para calmar entre sus conciudadanos cualquier desórden. Jamás desmayó en procurar el progreso y engrandecimiento de su suelo natal.

“En 1833, dice el Sr. Castillo Peraza, en que se presentó en nuestro suelo el azote implacable del cólera morbus, que llenó de consternacion y luto á todos sus habitantes, D. Angel Rosado, en dicha villa de Bacalar, se propuso, penetrado del más vivo sentimiento, aliviar á la humanidad doliente y desgraciada, estudiando al efecto la noble ciencia de la medicina con el único objeto de curar á los infelices que por falta de recursos perecian, tal vez sin hacerse ó aplicarse remedio alguno, consiguiendo librar así una gran parte de las personas que habian sido atacadas por tan horrenda epidemia; agregándose á este rasgo de humanidad, propio de su carácter, el proporcionarles gratuitamente la medicina, para aplicarla muchas veces personalmente.”

Este solo hecho forma el panegírico más bello del Sr. Rosado; pues no era esto solo.

Pasaron los años, y el aprecio y respeto á Rosado crecian cada vez más; pasaron así los años, y de repente..... ¡con qué tristeza escribimos esto, que nos trae á la memoria un mundo de dolorosos recuerdos! de repente el sordo rumor de una tempestad próxima á desatarse conmovió á Yucatan.

Las revoluciones en que se habia agitado nuestro país, las luchas continuas por espíritu de partido ó bandería, habian de producir tarde ó temprano el amargo fruto que debian probar los mismos que habian plantado aquel árbol. En el luctuoso año de 1847 descargó tan temida tempestad; el indio salvaje comenzó su tarea de devastacion y luto; el cielo se ennegreció con el humo de los pueblos, villas y ciudades incendiadas por su horrible tea; la sangre de nuestros hermanos se derramó á torrentes, y apénas en tan aciagos dias podia esperarse poner dique á

tan enormes males. Espíritus fuertes, verdaderos héroes, eran necesarios para contrarestar tan terrible empuje.

Uno de los hombres más leales y generosos, uno de los más valientes y honrados que pelearon y sacrificaron entónces su existencia en las aras de la patria, fué Rosado, que concurrió á todos los puntos del peligro, y peleó como valiente por donde quiera que su deber y la defensa de su querido suelo le llamaban. La historia que tarde ó temprano se ha de escribir con tino é imparcialidad, colocará su nombre á la altura que merece. Porque Rosado no fué de aquellos que pelearon por enriquecerse con los botines. Rosado no abusó del mando que tenia; ántes al contrario, se privaba de las comodidades que disfruta un jefe, para hacer más llevadera al pobre soldado su carga.

Oigamos á uno de sus biógrafos:

“Como mayor general que era, como jefe principal, no debia presentarse nunca frente á frente con el enemigo; él lo hacia porque se hallaba siempre impelido del amor patrio más ardiente y del entusiasmo más vivo.

“Largo tiempo militó en aquel campamento el Sr. Rosado con denuedo y decision, acabando de ganarse el bien de la madre patria con el acto sublime de valor que demostró en la desordenada y fatal desocupacion de una plaza, y fué el de que hallándose guarneciendo una de las trincheras más avanzadas y comprometidas de la línea, y habiendo roto sus fuegos el enemigo por diferentes partes, no pudo por tanto oír el toque convenido de antemano para la evacuacion y vióse de repente envuelto entre la confusion y los bárbaros, con sólo cien bravos que le acompañaban, hasta llegar el terrible caso de haberle sido disparados dos tiros de metralla por las mismas tropas del gobierno que se hallaban ya fuera de la plaza, á causa de la densidad del humo de la lucha. Pero él, como todo un valiente, echó riendas á su corcel, y se arrojó sobre la pieza para darse á conocer.”

Referir una á una sus heróicas acciones, seguir su marcha en tan tremenda lucha, seria hacer la descripcion de aquella guerra; así solo citarémos su última jornada.

Hallábase en Mérida cuando el gobierno dispuso que pasase á la villa de Bacalar á procurar su sostenimiento; fué, en efecto; pero Bacalar era ya del enemigo.

Fácil es graduar el dolor de Rosado al ver su cuna entregada al furor del indio salvaje. Entónces su única mira fué reconquistarla, y lo consiguió.

Estas glorias, sin embargo, iban á traer en pos de sí la calamidad más grande á Yucatan. El dia 29 de Junio de 1849 entablóse en Bacalar una accion sangrienta y desesperada. Rosado luchó allí y recibió cinco balazos en el costado izquierdo. De resultas de tan gloriosas heridas falleció el dia 2 de Julio del mismo año, á los cuarenta y ocho años nueve meses de edad.

ROSALES, Víctor.

No tenemos los datos necesarios para escribir una biografía completa de D. Víctor Rosales, héroe de la Independencia; mas no por esta circunstancia dejaremos de honrar su memoria en este libro. Dirémos lo que acerca de él consignó en sus columnas hace algunos años *El Eco de Ambos Mundos*.

Nació en la ciudad de Zacatecas en 1776. Inclinóse de niño á las letras y á la agricultura, estudió gramática y filosofía bajo la direccion del padre Porres, amigo de su familia, y merced á la influencia de ese sacerdote, fué enviado á la capital de la colonia á seguir su carrera, dedicándose á las leyes.

Un incidente, comun en aquellos dias, vino á cambiar completamente las inclinaciones y el destino del estudiante. Alzábase en aquella época la estatua ecuestre de Carlos IV en el centro de la plaza Mayor de México, la cual estaba custodiada por cuatro centinelas de la guardia vireinal. Una mañana llamó ese

aparato la atencion del cacique del Tecpam de San Juan y de cuatro indios que le acompañaban, á la hora de la parada. El cacique admirado sin duda de la grandeza de la estatua, habló en el idioma nahuatl con aquellos que con él iban; y uno de los centinelas, creyendo que los indios censuraban el hecho de que el caballo estuviese, como está, pisando el carcaj, dió de culatazos al cacique. Rosales, que sabia el mexicano, habló en defensa del indio, explicando, aunque con amargura, que lo que habia dicho eran alabanzas por la fundicion de la estatua: el tono con que habló lastimó al cabo, quien dió de varazos á Don Víctor y le hizo conducir con los indios, entre filas, á la presencia del jefe de dia. Lleváronlos á la cárcel de Corte, en donde permanecieron cinco dias incomunicados, saliendo al fin por empeño de los amigos del padre Porres, aunque se impuso á D. Víctor la pena de expulsion del colegio, porque le consideraron desafecto al gobierno vireinal.

Colocóse entónces de cajero en la tienda de un comerciante amigo de su padre, y allí contrajo amistad con el licenciado Flores Verdad.

En 1808 tomó parte activa en la conspiracion que costó la vida á Luis Ferrer y Flores Verdad. Entónces tuvo que salir prófugo de México, pero no dejó de trabajar por la Independencia, sino que se dirigió al interior y se puso en contacto con los operarios de los minerales de Catorce, Guanajuato, Tlalpujahuá, Pachuca y Zacatecas, con quienes se trataba de hacer un levantamiento y entre quienes, para conocerse, se habian repartido once medallas llamadas del Patrocinio, de las que se troquelaron doscientas en Zacatecas por conducto de un sacerdote misionero crucífero de aquella villa de Guadalupe.

Esta última conspiracion fracasó como la primera. D. Víctor pasó el año 1809 meditando en los medios de llegar á alzarse contra los españoles. En 1810, encontrándose en la ciudad en que nació, y en aquel estado de su ánimo, recibió de Allende la invitacion para tomar parte en la guerra de Independencia. La misma insinuacion recibieron los hermanos de D. Víctor, que lo eran D. Francisco, D. Fulgencio, D. Vicente y D. Sotero; el pri-

mero administrador de una hacienda, el segundo dueño de un obraje en Leon, el tercero minero en Catorce, y el cuarto labrador en la Sierra de Amoles.

Allende no invitó, pues, á Rosales, para una empresa que le fuera desconocida. D. Víctor y sus hermanos aceptaron la colaboración á que se les llamaba, y él mismo, con D. Fulgencio, se fué á reunir con D. Sotero y se pusieron á fabricar pólvora y á construir lanzas y monturas, llegando á armar y equipar á su costa sesenta ginetes para aumentar el improvisado ejército de la Independencia.

Con esa pequeña fuerza que los hermanos Rosales pagaban de su peculio, y á cuyo frente se colocó D. Víctor, dió su primera accion de guerra, sorprendiendo el 29 de Setiembre á una multitud de españoles que custodiados por piquetes de tropas realistas de infantería y de caballería, se retiraban hácia México espantados por el levantamiento de Dolores.

Así tuvo principio una serie de hazañas, de rasgos de valor sublime, de sacrificios sin cuento, que valieron á Rosales el ser declarado uno de los trece héroes de la patria por la ley de 19 de Julio de 1823.

D. Víctor Rosales, que acababa de recibir el despacho de mariscal de campo del ejército insurgente, murió matando á sus enemigos en un rancho de la Sierra de Ario, que hasta hoy lleva su nombre, y murió, gracias á la perfidia con que el indultado Manuel Muñiz le entregó en manos del comandante realista D. Miguel Barragan, que despues fué el vencedor de los españoles en Ulúa.

A estos breves apuntamientos debemos agregar algunas noticias referentes á otros varios miembros de la familia del ilustre héroe zacatecano, noticias recogidas tambien por los redactores de la publicacion ya citada y que demuestran cuán acendrado era el patriotismo que animaba á esta familia.

D. Fulgencio Rosales fué herido en la memorable batalla del Monte de las Cruces. A pesar de su herida, se retiró con el cura Hidalgo y asistió á la batalla de Aculco en donde, hecho prisionero, le colgaron de un árbol los españoles y le fusilaron en

venganza de que quitó sus banderas á los cuerpos peninsulares de Tres Villas y de Milicias de México.

D. Francisco Rosales fué hecho prisionero en la hacienda de la Illueca y fusilado inmediatamente de orden del jefe español Galopen, en el año de 1812.

En el mismo año se rindió en la accion de Purépero D. Vicente Rosales y fué muerto á cuchilladas y á balazos en manos de los realistas.

José Timoteo, hijo de D. Víctor, de once años de edad, fué hecho prisionero con algunos soldados de su padre en el asalto que éste dió á Zacatecas el 26 de Setiembre de 1813. Y á pesar de su pequeña edad y de hallarse herido, aquel niño fué sacado del hospital en un catre y fusilado en presencia de su misma madre.

Huyendo á pié, de los españoles que se hallaban cerca de Zacatecas; huyendo, decimos, al rancho de Veta Grande, D^a María Elena Gordoá, que se hallaba en dias mayores, murió el 19 de Marzo de 1814, dando á luz á José Rosales Gordoá, hijo segundo de D. Víctor.

D^a María Ricarda Rosales, hija del coronel D. Fulgencio, fué hecha prisionera en la hacienda del Maguey en Octubre de 1814, cuidando de su primo José, y ambos fueron conducidos á México y encerrados en los calabozos de la Inquisicion, de la cual se fugó por los ardides de la Sra. D^a Leona Vicario, y al fin murió en San Gregorio por salvar las banderas de 1810, que heredó su primo, quien las dió á la nacion.